

VI

El 2018 estaba destinado a ser un año especial. No podía ser de otra manera porque en septiembre concluiría mi primer periodo como director del Instituto y cabía la posibilidad de que fuera el único.

Los procesos de designación en la UNAM siempre son rigurosos y, en esa medida, son inciertos. Así que el estilo de dirigir cambia —o pienso que debe cambiar— inevitablemente en ese año de cierre y posible reapertura. En aquel momento pensaba que no era el mejor diseño institucional porque obliga a las personas directoras a bajar el ritmo en el momento en el que llevan mayor impulso y, si buscan un segundo periodo, las obliga a invertir tiempo y esfuerzo en la reelección.

Por eso, en aquel momento, pensaba que sería bueno regresar a periodos únicos de seis años en los cargos directivos universitarios. Pero ahora que escribo estas páginas mi perspectiva ha cambiado. El corte a la mitad del camino de la gestión me permitió identificar fortalezas y debilidades de la dirección a mi cargo y algunos puntos de tensión al interior del *staff* directivo.

Además, me obligó a replantear el Plan de Trabajo de la dirección para los años por venir.

* * *

Mi libreta de los primeros siete meses de 2018 está repleta de apuntes sobre asuntos varios de gestión: seminarios, concursos de plazas, solicitudes de colegas, agenda sindical, mejoras regulatorias internas, convenios de colaboración, agenda de Consejo Interno, propuestas e iniciativas varias, etcétera.

Las mejoras a las instalaciones continuaron; las gestiones académicas se solventaron; las publicaciones aumentaron; los proyectos digitales se mantuvieron con creatividad e innovación; el OSIDH realizó con éxito su agenda y diplomado; lo mismo los demás proyectos, cátedras y líneas de investigación; la biblioteca mejoró sus servicios sin sobresaltos; etcétera.

Constató al leer mis notas de esos meses que las rutinas institucionales se habían consolidado y que las dinámicas al interior del Instituto transcurrían sin sobresaltos. En lo personal deseaba continuar en la dirección, pero no me preocupaba lo contrario. Mi única lámentela era —como es fácil adivinar— el prolongado retraso en el proyecto edilicio de la ENID en Tijuana. Pero, aunque me molestaba, sabía que no dependía de mí ni de mi equipo de trabajo. Estábamos atrapados en una red que no habíamos tejido y que no podíamos destejer. Así que mi frustración no trasmutaba en autorreproche.

* * *

Las tres secretarías, los departamentos y los proyectos especiales desplegaron sus tareas sin detenerse y sin sobresaltos.

No es que no hubiera eventos o iniciativas interesantes o motivantes —de hecho, el Claustro Académico seguía en un devenir de productividad y organización sin precedentes— pero la gestión directiva se había estandarizado y el horizonte de la posible reelección inyectó calma y prudencia al frenesí de los años precedentes.

Así tenía que ser y pienso que fue correcto que así fuera.

* * *

Llego a la pestaña de mis anotaciones sobre la ENID y leo:

Febrero de 2018. Reunión con Silva en la que nos explica que podemos ejecutar por cuenta propia (sin necesidad de licitar) hasta \$ 1'682,000.00 pesos (IVA incluido). Eso nos permitiría construir la barda colindante con la gase-

ra, colocar cisternas, reforzar el talud y colocar la barda frontal. Otras compras pueden realizarse por “especialidad” pero el grueso de la obra solo puede ejecutarla la DGOC...

Los apuntes de los primeros meses de 2018 dan constancia de gestiones de trámites y de obra que debían ejecutarse y no se movían. Por ejemplo, leo esto: “reunión con Leopoldo Silva: urge iniciar con la gestoría”; “falta el peritaje estructural”; “no se ha hecho el cálculo sísmico”. La situación era tan desesperante que llegamos a proponer —junto con Alberto Vital— crear un Comité de Obras con sede en la Coordinación de Humanidades para desde ahí poder presionar a la DGOC en la edificación de la ENID y de muchos otros proyectos en los que los rezagos también eran escandalosos.

Por supuesto que, una vez que se enteraron, desde la misma DGOC boicotearon la iniciativa que fue presentada al rector en abril de aquel año.

* * *

Más adelante encuentro los siguientes apuntes: “22/08/18. Nueva reunión. Nos presentan proyecto. No se parece en nada al nuestro. No nos gusta. ¿Qué hacemos?”

La DGOC había recibido desde meses atrás un diseño conceptual arquitectónico, imaginado y realizado por Mariana Trujillo Sandoval que fue proyectado a petición del Instituto. Ese diseño se había ajustado con detalle escuchando a diversas personas del Claustro Académico y fue aprobado con entusiasmo por el Consejo Interno. Era el esbozo de la ENID que queríamos y que necesitábamos.

Sin embargo, sin explicación ni justificación alguna, la DGOC lo había modificado de manera radical. Así que decidimos convocar al maestro Zeevart a una reunión con colegas para que nos presentara su diseño. Nos encontramos con él y un par de personas de su equipo en la sala de juntas de la dirección del Instituto. Nos presentó un diseño espantoso.

Después de manifestar nuestra perplejidad por la propuesta, un grupo de colegas decidió enviarle una carta al rector para solicitarle que el proyecto arquitectónico respetara nuestro diseño tal como había sido diseñado en el Instituto y ajustado por los futuros usuarios de la ENID. En esa carta —firmada por Hugo Concha, Issa Luna, Daniel Barceló, Mauricio Padrón, Luciana Gandini, Francisco Ibarra, Miguel Alejandro López Olvera y Óscar Cruz Barney— puede leerse, entre otras cosas, lo siguiente:

(...) aunque conocemos —porque nos lo ha presentado el maestro Leonardo Zeevart— el anteproyecto alternativo que han trabajado en la DGOC de la UNAM, consideramos que la propuesta conceptual antes mencionada (diseñada en el Instituto) es la que debe realizarse.

El proyecto elaborado por la DGOC tiene aspectos interesantes, pero, en definitiva, no responde a las necesidades de la ENID ni a las expectativas arquitectónicas y simbólicas que tiene la comunidad del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM.

(...)

Deseándole mucho éxito en el momento en el que atraviesa nuestra Universidad y no sin manifestarle todo nuestro apoyo y solidaridad en sus tareas, quedamos de usted.

* * *

En efecto, lo que era un diseño moderno, funcional y estéticamente convocante había sido transformado en una caja de zapatos que, para colmo, le daba la espalda al muro y a la frontera en lugar de incorporarla visualmente al edificio. De haber aceptado ese diseño y haberlo ejecutado, la decisión de comprar esa propiedad en El Soler habría carecido completamente de sentido.

El rector recibió la misiva el 14 de septiembre de 2018 —cuatro años después de que había iniciado la dirección a mi cargo y

recién después de mi reelección— y venturosamente accedió a que se continuara con nuestro diseño original. Así que nos dio luz verde para contactar a Marcos Mazari, entonces director de la Facultad de Arquitectura, para pedirle el proyecto arquitectónico. Fue la primera bocanada de aire fresco para el proyecto en mucho tiempo.

Mazari accedió entusiasta, firmamos las bases de colaboración —autorizadas por el secretario general de la Universidad, Leonardo Lomelí— y en la Facultad de Arquitectura de la Universidad pusieron manos a la obra (bueno: al proyecto de la obra). En el equipo de trabajo participó Fernando Tepichín que tiempo después reaparecería como facilitador del proyecto.

* * *

En mi cuaderno también aparecen eventos organizados en Tijuana: encuentros, congresos, estancias, pero constato —y recuerdo— que la mayor cantidad de mis energías dedicadas al proyecto eran absorbidas por la edificación pendiente.

El único hecho netamente positivo que consta en mis apuntes —que no es cosa menor— fue la compra de otra propiedad en Tijuana para el proyecto de la estación. Se trata de un departamento nuevo, con un diseño moderno y una vista panorámica, en la misma zona popular en la que se encuentra la ENID: El Soler. La propiedad se ubica cruzando la calle de enfrente a la ENID y consta de una pequeña sala comedor, tres habitaciones (una de ellas doble), todas con baño propio y una estancia que adecuamos como oficina y sala de juntas. La idea de comprarlo surgió en uno de nuestros viajes de visita al terreno y, después de un riguroso y exigente recorrido administrativo, fue autorizada por el Patronato Universitario.

Para lograr esto último fue necesario demostrar los gastos presentes y futuros que representaba alojarse en hoteles durante nuestros viajes de gestión y académicos. Por fin, antes del cierre del primer periodo, teníamos instalaciones propias y funcionales en Tijuana. Recuerdo que buscamos tarifas de hoteles en diferentes fechas del año y calculamos la duración de las estan-

cias que realizaban con frecuencia nuestras y nuestros colegas. Los números no mentían: en poco tiempo quedaría justificada la inversión así que nos autorizaron la compra. No eran las instalaciones de la ENID, pero era otro paso firme en la dirección correcta.

Pernocté por primera vez en la estancia, junto con Juan Vega y Óscar Cruz, cuando acudimos para participar en un evento que organizamos en las instalaciones del Centro Cultural Tijuana. Nos esperaba una botella de vino del Valle de Guadalupe como bienvenida. Los tres brindamos con gusto e infundado optimismo por el avance del proyecto arquitectónico que algún día comenzaría en el terreno baldío que se observaba desde la ventana de la habitación principal.

* * *

Merece la pena dejar anotadas un par de reuniones de aquel año, en muchos sentidos, histórico para México.

La primera tuvo lugar en la antigua sede del Senado en la calle de Xicoténcatl en el centro de la Ciudad de México. Fui invitado por el grupo parlamentario recién electo de “Morena” para platicar sobre su agenda legislativa. En una sala enorme y durante tres horas pude departir con las senadoras y senadores que conformarían la bancada mayoritaria en la cámara alta del país. Presidida por Ricardo Monreal y Martí Batrés, la sesión fue por demás interesante y aleccionadora. Estoy seguro que aprendí más yo que quienes me invitaron para escucharme. Me sorprendió lo heterogéneo del nuevo grupo parlamentario y la inexperiencia parlamentaria de la mayoría de sus integrantes. En el ambiente se respiraba entusiasmo, optimismo y una fuerte adhesión al proyecto de la “cuarta transformación” del también recién electo presidente de la República, Andrés Manuel López Obrador.

La segunda reunión tuvo lugar en la sede del Partido Revolucionario Institucional. Se verificó apenas dos días después de la primera. En ese caso, presidida por Claudia Ruiz Massieu y Miguel Ángel Osorio Chong, me encontré con una dismi-

nuida bancada de recién electos senadores priistas. La finalidad era la misma que en el encuentro anterior; platicar sobre la agenda legislativa pendiente. Fue un encuentro breve e interesante. Registré en mi cuaderno de notas lo siguiente: “un pequeño grupo experimentado que deberá lidiar con una numerosa bancada sin experiencia”. En el ambiente se respiraba desconcierto y extravío.

* * *

Ese año, dado que iniciaría el proceso para designar a la persona directora, el informe de gestión —cuarto y último del periodo— se adelantó al 25 de julio de 2018.

Como en los años anteriores el auditorio estaba a reventar, pero en esa ocasión el público era especial en sentido inusual porque, además de colegas, familiares y amistades nos acompañaron ocho integrantes de la Junta de Gobierno —entre ellas la presidenta en turno— y el rector de la Universidad, Enrique Graue Wiechers, quién contestó a mi mensaje. Después de referir datos y resultados, compartí estas reflexiones con el auditorio:

Concluyo.

Hace tres años, en este mismo auditorio, invité a la comunidad a no ser autocomplaciente porque nuestra responsabilidad exige compromiso, rigor y honestidad constantes. Hoy me consta que nuestro Instituto ha evitado la autoindulgencia y ha sabido honrar su misión con la constancia que permite materializar el paso del tiempo en resultados.

Hace dos años me animé a convocarlos para que, haciendo lo que nos correspondía hacer y aprovechando nuestros recursos como debemos usarlos, diéramos testimonio cotidiano de que vale la pena luchar por una sociedad y un país mejores.

Así lo hemos hecho y, desde la pluralidad, el contrapunto, la disidencia y el diálogo constructivo deberemos seguir haciéndolo.

El año pasado, de la mano de Octavio Paz y siguiendo las memorias del maestro Fix-Zamudio, compartí que — a mi entender — nuestro principal mérito colectivo era haber logrado aupar juntos, entre las generaciones pasadas y presentes, un instante perpetuo de continuidad transformadora. Somos una comunidad que nos trasciende pero que — en una aparente paradoja — no sería sin nosotros y, al mismo tiempo, somos lo que hacemos juntos y eso es lo que nos distingue y compromete.

Hoy — al cabo de cuatro años — me toca cerrar un ciclo y confieso que he tenido algunos titubeos sobre cómo hacerlo. Superado el autoelogio, ya habiendo convocado a la responsabilidad y una vez identificado el ethos de la comunidad que he tenido el honor de dirigir, en estos días me he preguntado repetidamente: ¿qué debo decir para cerrar esta gestión?

Por fortuna ayer me acordé de Jorge Carpizo preguntando con su característica agudeza en 1994, cuando presidía el Consejo General del IFE, a un representante de partido que llevaba media hora en el mismo tema: “¿y para qué tanto brinco estando el suelo tan parejo?”.

Entonces caí en cuenta de que debía concluir de una manera simple y sincera: gracias, infinitas gracias.

Habían pasado casi cuatro años desde que me había designado la Junta de Gobierno de la Universidad y ahora se acercaba un nuevo encuentro con ese — renovado — cuerpo colegiado. Me sentía seguro y tranquilo, pero nunca confiado, así que inmediatamente después del informe comencé a imaginar y redactar mi Plan de Trabajo para los cuatro años venideros.

* * *

La convocatoria para la designación de la persona que sería directora en el periodo septiembre 2018-septiembre 2022 se publicó en la Gaceta UNAM al día siguiente de mi informe, el 26 de julio de 2018. La firmaba el coordinador de Humanidades, Domingo Alberto Vital Díaz.

La auscultación inició ese mismo día y concluyó el 8 de agosto. El rector Graue entrevistó como posibles aspirantes a Imer Flores, Issa Luna Plá, Gabriela Ríos Granados, Francisco Ibarra Palafox —quien hasta ese momento era secretario académico— y a Pedro Salazar Ugarte.

Compartí la terna con los dos primeros y fui reelecto para un segundo periodo el lunes 10 de septiembre de 2018. Antes los tres aspirantes habíamos presentado nuestros planes de trabajo. El mío abrevaba de los cuatro años anteriores, pero no era una mera continuación inercial de mi gestión. Eso me hubiera aburrido. Si me designaban estaba decidido a concluir con el nuevo plan de trabajo, sobre todo quería culminar el único proyecto pendiente del periodo que acababa de concluir: la ENID en Tijuana.

El eje de mi programa se alimentaba de la lógica que había inspirado mi primer programa cuatro años atrás: la continuidad transformadora. Con ambición y con sentido de realidad.

* * *

Cuando llegó el momento —el 10 de septiembre de 2018—, disfruté la oportunidad de comparecer ante una Junta de Gobierno que fue rigurosa pero amigable. No es imprudente dejar constancia de que al inicio de sus intervenciones todas las personas que me interrogaron nos felicitaron como Instituto y expresaron su beneplácito por el ambiente y armonía que habían percibido durante la auscultación. Mientras les escuchaba anticipaba que mi reelección se verificaría. No es que se tratara de un trámite, sino que se respiraba un ambiente de tranquilidad que permitía anticipar el resultado.

En aquella entrevista pude lamentar con prudencia y con claridad el rezago del proyecto edilicio de la ENID en Tijuana. Mis lamentos sobre el tema eran genuinos e intencionados. Sabía que podían ser un conducto efectivo para transmitir la molestia y desasosiego provocados por la inmovilidad de la DGOC de la Universidad. Supongo —aunque nunca lo sabré— que algún eco habrá tenido en el lento pero constante avance que tiempo después tendría el proyecto de construcción.

Recuerdo que un integrante de la Junta de Gobierno, al cierre de mi comparecencia me dijo: “y qué hará para que la construcción en Tijuana sea una realidad”. “Insistir, insistir, todos los días”, le dije. Y así lo haría.

* * *

Llegué a casa después de la entrevista y me esperaba un grupo de familiares y amigos menos numeroso y entusiasta que cuatro años atrás. De alguna manera todas las personas presentes anticipábamos la continuidad de mi gestión. Así que el ambiente era muy distinto al de la primera designación. De hecho, esa noche, la llamada llegaría temprano y sería el rector Graue quien me felicitaría por haber sido electo para un segundo periodo como director del Instituto. No habría “Goya” ni aplausos, pero sí abrazos y felicitaciones.

Pablo Larrañaga me anticipó que un grupo de colegas amigas y colaboradoras querían llegar tarde a mi casa con mariachis —de hecho, creo que ya los tenían apalabrados— pero él mismo las disuadió porque no percibió ánimos para esa clase de festejos. Mi relación de pareja se estaba fracturando y, aunque el crujido era casi imperceptible, mirando en retrospectiva, tronaba mudo, pero con fuerza. Natalia nunca dejó de ser solidaria pero ya no era entusiasta. Quizá porque estaba absorto en lo que estaba, no supe interpretar el dato.

Mis amigas y colegas llegaron cuando la mayoría de las personas se habían retirado. Me trajeron globos de fiesta y abrazos generosos. Después supe que despidieron a unos mariachis ya pagados. Fabrice Salamanca, mi amigo fraterno, quiso poner

música, pero se abstuvo. Nos despedimos para dormir temprano. Tiempo después confirmaría que Pablo tuvo razón, pero hoy sigo lamentando que no hayamos festejado como ameritaba el momento.

* * *

En mi cuaderno de notas se abre una pestaña que dice “Asuntos estratégicos”. En ella leo lo siguiente:

Issa Luna: Secretaría Académica; Andrea Pozas: Doctorado; Óscar Cruz Barney: Agenda de Deliberación Institucional; Raúl Márquez: Secretaría Técnica; Mariana Trujillo Sandoval: Secretaría Administrativa; Jesús Eulises González: Transparencia y Archivos; Javier Galicia: Asuntos Jurídicos; Federico: Biblioteca; Juan Vega: ENID; Doris Domínguez: Convenios e Informes.

Con ese equipo ajustado y reforzado iniciaría mi segundo periodo de gestión como Director del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM.

* * *

Mis apuntes de los meses de octubre a diciembre de 2018 consignan eventos varios y un par de viajes, pero nada de especial relevancia. Las anotaciones más importantes tienen que ver con mi participación en el Comité de Selección de las personas que integrarían al Consejo de Participación Ciudadana (CPC) del Sistema Nacional Anticorrupción (SNA). No es este el espacio para narrar con detalle aquella experiencia, aunque es pertinente dejar constancia de que el Senado de la República me designó —junto a otras personas respetadas— para integrar ese órgano colegiado que tendría la delicada facultad de designar a las personas integrantes del cuerpo directivo del SNA.

Recuerdo que comparecí de manera virtual ante el Senado —alguien me comentó que era la primera vez que eso sucedía

en la historia — porque me encontraba en Madrid impartiendo un curso y fui designado sin reparos. Años después, durante la pandemia, recordé esa anécdota que de alguna manera anticipó el futuro.

El barroco diseño del SNA había sido el resultado de un esfuerzo ciudadano en el que también había participado y el Comité de Selección del CPC había sido madurado en un complejo acuerdo político por lo que, a pesar de mis responsabilidades directivas, acepté participar. De hecho, varias de las entrevistas a las personas candidatas para integrar el CPC tuvieron lugar en las instalaciones del Instituto de Investigaciones Jurídicas. Ahí nos reunimos y en sesiones públicas entrevistamos durante horas a las personas aspirantes.

Nuestro encargo era honorífico, pero puedo dar constancia de que lo asumimos con enorme responsabilidad. No me arrepiento del tiempo dedicado a esa tarea cívica a pesar de que el SNA nunca funcionó a cabalidad —tanto el gobierno de Peña Nieto como el de López Obrador lo sabotearon— tampoco de algunos costos concretos que tuvo aquella tarea.

En concreto mi participación en ese Comité de Selección derivó en la salida como columnista de las páginas del periódico *El Universal* en el que durante casi tres lustros había sido colaborador quincenal. Juntos dejamos de escribir en esas páginas Sergio López Ayllón, José Luis Caballero, Jacqueline Peschard (primera presidenta del CPC del SNA), Enrique Cárdenas y Edna Jaime Treviño. La decisión la tomamos en julio de 2017 después de una serie de artículos infundados y tendenciosos publicados en la primera página del periódico. En síntesis, la cuita fue la siguiente:

A partir de las declaraciones de dos senadores —Emilio Gamboa (PRI) y Pablo Escudero (PVEM)— el periódico había construido una narrativa insidiosa que cuestionaba nuestro trabajo.

Ello a pesar de que les habíamos allegado toda la información necesaria para aclarar las maledicencias senatoriales.

La médula de la renuncia enviada a Juan Francisco Ealy Ortiz y a Juan Francisco Ealy Jr. decía lo siguiente:

(...)

El Universal ha adoptado una cobertura adversa ante uno de los proyectos de construcción institucional más relevante y urgente para nuestro país: el SNA. Quienes firmamos esta carta hemos estado involucrados de manera directa en la concepción, desarrollo y puesta en marcha de este ambicioso sistema que busca erradicar uno de los males que más lastiman a México.

Por lo mismo, nos ha sorprendido la posición del periódico mediante notas imprecisas, sin sustento fáctico, refractarias a verificar la información pública disponible, y que, en cambio han insinuado conflictos de interés y la comisión de prácticas indebidas, en las que, de una u otra manera, todos nosotros estaríamos involucrados.

La falta de sustento de las notas publicadas por *El Universal* —incluso en llamados de ocho columnas— ha sido evidenciada en diversas sedes y por diversas personas y, sin embargo, de manera inexplicable, el periódico ha mantenido esta línea editorial.

Por lo mismo, después de una detenida reflexión individual y de un intercambio de opiniones colectivo, hemos decidido dejar de escribir en *El Universal*.

Lamentamos sinceramente que las decisiones editoriales y las circunstancias en las que éstas han tenido lugar nos hayan llevado a tomar esta decisión, pero la congruencia con nuestras convicciones, el compromiso con la verdad y el derecho a defender nuestro buen nombre, nos obligan.

Días más tarde un conjunto de organizaciones civiles acompañarían nuestra decisión con un gesto de solidaridad que merece también ser recogido en estas páginas:

Fundar, Centro de Análisis e Investigación A. C., Grupo de Información en Reproducción Elegida A. C., Oxfam México y la Alianza por la Salud Alimentaria, compartimos las preocupaciones de nuestros colegas Jacqueline Peschard, presidenta del Comité Coordinador del SNA; Enrique Cárdenas Sánchez, director del Centro de Estudios Espinosa Yglesias; José Luis Caballero Ochoa, director del Departamento de Derecho de la Universidad Iberoamericana; Edna Jaime Treviño, directora general de México Evalúa; Sergio López Ayllón, director general del CIDE, y de Pedro Salazar Ugarte, director del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, por lo que nos solidarizamos con su salida y decidimos renunciar también a nuestros espacios editoriales en este medio.

Agradecemos la oportunidad de colaboración con apertura y libertad en el espacio para blogueros durante varios años. En los últimos meses, pero sobre todo en la última semana, hemos sido testigos del notorio giro en su línea editorial y la disminución en el rigor periodístico, especialmente en las notas sobre el SNA. Estos cambios debilitan los esfuerzos que hacemos desde la sociedad civil para impulsar el combate a la corrupción y consolidar el derecho a saber. En congruencia con nuestros valores, tomamos esta decisión.

Agradecemos la publicación de esta carta en *El Universal*.

Atentamente

Fundar, Centro de Análisis e Investigación A. C.
Grupo de Información en Reproducción Elegida A. C.
Oxfam México A. C.
Alianza por la Salud Alimentaria

Tiempo después volvería a publicar algunos artículos aislados en ese periódico, pero nunca regresaría a sus páginas como colaborador permanente.

Enrique Quintana, me invitaría a sumarme a las páginas de *El Financiero* en el que soy colaborador quincenal desde entonces.

* * *

El 6 de noviembre de 2018 me reuní para comer en el restaurante Zeru con Ricardo Anaya.

No lo conocía, me buscó por teléfono para invitarme y acepté sin reservas. Él había sido candidato a la Presidencia de la República y me parecía —como confirmé durante nuestro encuentro— un hombre inteligente e interesante.

Lo primero que llamó mi atención fue la manera sencilla con la que se desenvolvía y el hecho de que hubiera estudiado de manera concienzuda mi trayectoria y leído algunos de mis textos. No había improvisación alguna de su parte así que la conversación fluyó bien y cómoda desde el inicio. Hacia el final desembocó hacia donde él quería llevarla. “¿Cómo es el camino para convertirse en investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas?”, me preguntó.

No era difícil anticipar esa pregunta así que la respondí con objetividad y de manera detallada. Simple y llanamente le dije que al IJ-UNAM se podía ingresar ganando un concurso de oposición abierto. Ambos entendimos que, más allá de lo agradable de la charla, aquella reunión había llegado a su destino. Así que nos despedimos sin más. Hasta la fecha en la que escribo estas páginas no nos volvimos a encontrar. De camino a la salida dos señoras le dijeron que “debería darle vergüenza”, así sin más. Desde otra mesa, en cambio, lo llamaron para pedirle una fotografía y felicitarlo.

“Así es todos los días”, me dijo Anaya.

* * *

También consta en mi cuaderno la referencia a un ambicioso congreso internacional de filosofía del derecho promovido por Manolo Atienza, Rodolfo Vázquez y Juan Antonio Cruz Parcero programado desde diciembre de 2018 para realizarse en el verano del 2020 pero que —en ese entonces era imposible anticiparlo—, debido a la pandemia por la COVID-19, quedaría suspendido.

Años después, en diciembre de 2021, aunque yo sabía que mi gestión terminaría en septiembre del año siguiente, retomamos conversaciones para organizar el congreso del año 2023. Para ello, desde el IIJ-UNAM tomaría la batuta Tito Garza Onofre y se coordinaría con Juan Antonio Cruz Parceró que para entonces llevaba un año como director del Instituto de Investigaciones Filosóficas. Además, se sumarían Roberto Lara Chagoyán y Josefina Cortés del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey.

La idea sería realizar el encuentro en la ciudad de Querétaro para lo cual contactaríamos — como lo hicimos — a Raúl Paredes de la Escuela de Estudios Superiores de la UNAM en Juriquilla. A mí solo me tocaría participar en la reprogramación de la iniciativa. Pero retomar ese proyecto e imaginar que sería posible — en aquel año intratable del 2021 — fue un halo de esperanza después de los largos meses de pandemia.

* * *

Concluyó el 2018 y ahora sé que con ese año no solo se iba la mitad de mi gestión sino una época de la vida nacional. La llegada de Andrés Manuel López Obrador a la Presidencia de la República vendría acompañada con la retórica de la llamada “Cuarta Transformación” y por un cambio en las formas de hacer política.

El gobierno del PRI de Enrique Peña Nieto terminó en desastre y millones de votantes apostaron por un cambio profundo. Por desgracia, la violencia, la desigualdad y — más allá del discurso presidencial — la corrupción se mantuvieron presentes. Es verdad que cambiaron las formas, la retórica y los rituales políticos pero los males estructurales persistieron.

También estaba concluyendo — aunque yo no lo sospechara — una importante etapa de mi vida personal que abriría las puertas a nuevas experiencias profundamente conmovedoras. Así que en aquel septiembre de 2018 no solo había iniciado un nuevo periodo directivo, sino que estaba en la antesala de un momento inusitado de mi vida personal en un contexto que se mostraría nunca antes visto.

Sin exageraciones.